



**A**UNQUE reconozco que a algunos les cae gordo, a mi don Francisco Herrera, conde de los Andes, me es simpático. Porque entiendo que, con su rúbrica de Savarin, hay que tener mucho humor para dedicarse a la divulgación de arte gastronómico en un país donde a cada momento se nos está urgiendo desde arriba a apretarnos el cinturón y donde hay comarcas que tienen unas ganas espartanas de celebrar con quema de cohetes y fuegos artificiales el día en que un jornalero se coma tan ricamente un filete de ternera de doscientos gramos y media docena de langostinos, aunque sean congelados.



## DE SAVARIN, EL EJEMPLO

Ahora Paco Andes —a quien presento todos mis respetos en tan fausta ocasión— ha prestado su nombre a un vino de Rumasa: "Conde de los Andes", que se nos presenta como "la sangre más noble del corazón de La Rioja". Yo, que estaba deseando que alguna vez me tocara la lotería para probar un Vega Sicilia cosecha 1947, que dicen que fue buena, guardaré de aquí en adelante mis ahorros para el vino que apadrina "Savarín", "exclusivamente criado para quienes saben paladear horas de silencio he-

chas sabor". Porque el vino que nos presenta "Savarín" se convierte así, en el caldo de nuestra época: algún día, cuando nos toquen las quinielas del cambio, sabremos el sabor de tantas horas de silencio...

Pero mientras llega ese día, creo que el ejemplo de "Savarín" puede ser seguido por muchos otros escritores españoles. Si el mercado presenta la flexibilidad que ha demostrado hasta ahora, dentro de nada tendremos el "Tinto Común Luis Carandell", la "Rumba Embotellada Joan de Segarra", el "Penedés Selecto Encarna y

Sixto Cámara", el "Pippermint Paco Umbral", el "Oloroso Amontillado Manuel Alcón", el "Fino Gaditano José María Pemán".

La sociedad española avanza a pasos agigantados. Antes, para que un vino llevara el nombre de uno, había que ser Machaquito, o mono del zoológico, o cordobesa de Julio Romero de Torres. Ahora empiezan por los escritores de gastronomía, y tras el Conde de los Andes tendrán sus respectivas etiquetas José María Castroviejo, y Néstor Luján, y Alvaro Cunqueiro, y hasta Alvaro Ruibal, que sabe un rato pero no ejerce, e incluso habrá quien exhume al Doctor Thebusem. Luego, los escritores progres, los académicos. Y más tarde, los políticos: "Coñac Garrigues Walker" (reserva diez años, claro), "Saltaprapetos Blas Piñar", "Anís Dulce Conde de Motrico", "Vino Peleón Pablo Castellanos", "Gaseosa Casera La Asociación". Se ve que estamos maduros para la democracia: cada hombre, una etiqueta de Rioja. O de Jerez. O de Montilla. O del Penedés. No hay que olvidar nunca eso tan bonito de las tierras de España, si nos acordamos de sus hombres. ■ BURGOS.

